

VIAJE A MOSCÚ-SAN PETERSBURG-NOVGOROD (Rusia)

Del 2 al 16 de julio de 2007

“La Rusia Imperial: Moscú San Petersburgo- 7 noches, 8 días” rezan los programas de las grandes Agencias de Viaje. Precios desde...

¡No nos sirve! Pero, ¿cómo pueden ser visitadas esas dos grandes urbes, que rezuman historia y cultura por sus cuatro costados en “7 noches- 8 días?”

Aterrizamos en Moscú en un día lluvioso, a las seis de la mañana, aquí en España las cuatro, tras un viaje de 5 horas.

Bueno, Moscú, con sus 12 millones de habitantes, parece que ya desde su fundación fue pensada para celebrar en sus plazas grandes desfiles, dada la amplitud de las mismas, y para que por sus calles, así pensaba la “nomenklatura” estalinista, todos los habitantes, en un futuro no muy lejano, pudieran circular en sus coches propios. Mientras tanto se desplazarían por trenes subterráneos (el metro) de un enorme palacio a otro, pues eso son sus estaciones. ¡Qué lujo de lámparas en los andenes, qué esculturas, qué mosaicos! Y ¡qué amplitud la de sus calles y avenidas! Con sólo cruzar sus pasos de cebra (los Mercedes último modelo están empezando a respetar los semáforos, sólo empezando) uno ya terminaba cansado. Bueno, menos Luis, tío de un ex alumno y socio de ADANAE, que, con sus 80 años pasados, nos agotaba a todos, con su paso regular y ligero. Pero, “¿para qué vamos a coger el metro para regresar al hotel - nos decía en San Petersburgo- si es más instructivo ir andando y basta con seguir esta calle? ¿Qué distancia puede haber, Galyna, siete u ocho kilómetros?” Y siguiendo su opinión, muchos le seguíamos a pie. Y, entre tanto, las mejores lecciones sobre iconos rusos que uno pueda recibir. Porque era un especialista en eso, en eso y en mil cosas más. Gracias, Luis. Y gracias por aquella “tintorro party” a la que nos invitaste en tu casa en septiembre, un mes después del periplo ruso, y a la que asistimos todos ¡cómo no! El espíritu que reinó en el viaje hizo que cada uno de los veinte participantes, al finalizar el mismo, se encontrara con 19 nuevos amigos.

¡Qué impresión la de pasearse tranquilamente, a las doce de la noche, por la Plaza Roja como se pasea uno por la plaza del pueblo al que se va de veraneo! Una pequeña diferencia: la Plaza Roja es inmensa, larguísima y cuando uno ha hecho la ida y vuelta dos veces, es como si hubiera ido de Sol a Pozuelo a pie. Claro que la iglesia de San Basilio, que limita uno de sus extremos, con sus cúpulas multicolores como un caprichoso helado italiano de frutas diversas, sólo se encuentra allí, en Moscú. Y las diferentes iglesias de los siglos XII al XIV, con sus cúpulas bulbosas doradas y sus interiores repletos de pinturas y mosaicos, sin esculturas, ni bancos para seguir oficios que duran cerca de dos horas, sólo pueden verse en el interior del recinto amurallado del Kremlin. Y también dentro del recinto pudimos ver el inimaginable despliegue de joyas, regalos, coronas, cetros, vajillas y carruajes de los diferentes zares de Rusia, y su afición a coleccionar diamantes por kilos, adornando sus objetos decorativos con miles de ellos. No es exageración, las “joyas de la corona” de los reyes de Inglaterra son una minucia comparadas con las joyas de los zares

que nos fue dado contemplar. Y hay que ir a Moscú para admirarse ante una de las más completas colecciones de pintura impresionista que alberga su Museo Pushkin. O constatar cómo, un señor rico del siglo XIX, Tretyakov, se hizo con la más completa colección de pintura rusa, desde los primeros iconos hasta la revolución. Y a su muerte lo donó todo al estado. Y en medio de nuevos, altos y modernísimos edificios aún en construcción, que albergarán futuras oficinas y serán sedes de empresas (una especie de distrito Azca madrileño) una hectárea de verde, con cerezos y cuidados setos, perteneciente a una casa de madera de dos pisos, una “dacha” en la que Tolstoi vivió y escribió sus últimas obras. ¡Cómo disfrutamos visitando su interior! Enfundados nuestros zapatos en enormes babuchas de fieltro, para no estropear el suelo de madera, unas señoras muy mayores (¿conocieron a Tolstoi?) nos hablaban con devoción y en voz susurrante (Galyna traducía) de la mesa preferida por el escritor, y de los cuadros que adornaban las paredes pintados por su hija favorita, y de la sala donde Tchaikovsky solía ir a tocar el piano para amenizar el té al que había invitado a sus amigos. Increíble.

Bueno, hablar de “nuestro grupo y San Petersburgo” ocuparía un libro. Los desayunos los hacíamos en el hotel, a orillas del Neva, contemplando siempre, anclado en la orilla opuesta, el acorazado “Aurora”, que lanzó la salva que hizo comenzar la revolución de octubre en 1917. Ahora es parte de una escuela naval para futuros oficiales. Contemplábamos cada mañana, o cada atardecer, el izado y arriado de su bandera (la tricolor, no la de la hoz y el martillo).

A Charo y Eduardo, cuando visitamos la Fortaleza de Pedro y Pablo, primer edificio levantado al fundarse San Persburgo (en 1703) les interesaba mucho examinar la sala con instrumentos de tortura de la fortaleza- prisión. No, no son masoquistas, son psicólogos. ¡Eduardo! En la visita a la aldea rusa de Shuválovka te casaron nuevamente, en aquella especie de concurso acertabas siempre qué componente principal contenía cada uno de los 10 vodkas que nos hicieron catar. Y ya, te vieron tan “rusificado” que cuando asistimos al espectáculo folclórico en el palacio Nicolaievsky (un show de primera categoría en la antigua sala de baile del duque primo del zar, en la que más tarde Lenin fundó sus sindicatos), te invitaron a subir al escenario para dar unos pasos de baile con una bella joven ataviada con el atuendo típico de la antigua Rusia. Todos te immortalizamos en nuestras cámaras.

Pura y Carmen, ambas arquitectas, cansadas ya de tanto palacio, uno más lujoso que otro, que flanquean todas las avenidas y canales de San Petersburgo, piden visitar alguna calle de arquitectura más actual. Pues ahí está la Bolshoi Prospekt (la “Avenida Mayor”) cuyas casas, una sí y otra no, pertenecen al más puro “Art Nouveau”. Y ese recorrido, con una guía especializada, por los patios interiores y recovecos del San Petersburgo de Dostoyevsky, ¿no resultó de lo más ilustrativo? Y las rodajas de melón que nos ofrecía en el mercado una bellísima caucasiana (¡qué ojos, cielo santo!) ¿Eran de melón o de puro néctar al venir de sus manos?

Marina, la guía rusa que nos asignaron, hablaba un buen español. Y nos familiarizó con toda la dinastía Romanov. Y supo enseñarnos, en la primera visita a ese museo, lo más relevante del Hermitage, pero ¿cómo puede uno contemplar los tres millones de objetos que contiene, entre cuadros, esculturas, objetos de la antigüedad, colecciones de objetos medievales y renacentistas,

“caprichines” de las zarinas, en dos o tres visitas? Lo han calculado, si a cada objeto uno le dedicara medio minuto de atención, habría que permanecer tres años en el interior del museo. Sí, no hay duda alguna, todos lo aceptan, es el museo más rico del mundo. Aunque albergue sólo un Goya.

Hablando de “caprichos” no sólo hay que atribuirlos a las zarinas. Pedro el Grande se hizo construir un Versalles delimitado por el golfo de Finlandia que lame sus terrazas. Y las zarinas se hicieron edificar, entre otras cosas, un palacio como el de Sarskoie Selo, en la ciudad de Pushkin, a 30 kilómetros de “Sankt Petersburg” con salones para las recepciones que podían acoger a tres mil personas (no precisamente “los olvidados”) y lujosísimas cámaras de uso personal, una de ellas recubierta de ámbar en sus cuatro paredes, hasta el mismo techo. Y pabellones exóticos en sus jardines, y lagos con islas artificiales y embarcaderos, y, y... Llegamos a comprender la Revolución del 17. Nunca se vio una acumulación tal de riqueza como en los palacios de la nobleza de San Petersburgo. Y son centenares. ¡Qué plazas! ¡Qué iglesias! La Sangre Derramada, con sus increíbles mosaicos con teselas de más de 100 tipos diferentes de mármoles, todos ellos de los Urales. Es como un cuento de hadas. Pues la abrieron sólo hace unos años, porque durante la época soviética sirvió como almacén de mobiliario viejo y había quedado hecha unos zorros. San Isaac, con la segunda cúpula mayor del mundo, Nuestra Señora de Kazán, una imitación, en pequeño, del Vaticano, con su columnata semi-circular. Y en ella, multitud de gente, viejos y jóvenes, muchos jóvenes, todos de pie, siguiendo los oficios y alumbrando velas votivas. Y en el monasterio de Alexander Nevsky, un cementerio donde reposan, aquí Dostoyevsky, ahí Tchaikovsky, más allá Musorsky, etc.

Comidas en típicos y recoletos restaurantes en los que, a veces, éramos los únicos clientes. Y cenas... en el hotel, pero no en su restaurante, sino acudiendo a los supermercados más cercanos, que abren las 24 horas del día, para aprovisionarnos de excelentes embutidos, quesos siberianos y vinos de Georgia.

Y todo ello con tiempos libres para callejear o husmear en los mercados populares (la lengua gestual la entiende todo el mundo). Y ya, casi al final, la visita de jornada completa a Novgorod, la ciudad más antigua de Rusia, su “esencia”, con sus iglesias de los siglos XI y XII rodeadas de parques, y su “kremlin” dominando el río, a cuyas orillas se había habilitado una playa donde las rusas (¡pero qué mujeres espectaculares!) lucían sus siluetas. Porque calor tuvimos cuanto quisimos. Veintiocho grados en San Petersburgo es como 48 en Madrid, pero más incómodo, con mucha humedad y sin posibilidad de encontrar agua realmente fresca. Nos dimos cuenta que a los mismos rusos se les habían cruzado los cables. No estaban acostumbrados a tales sofocos.

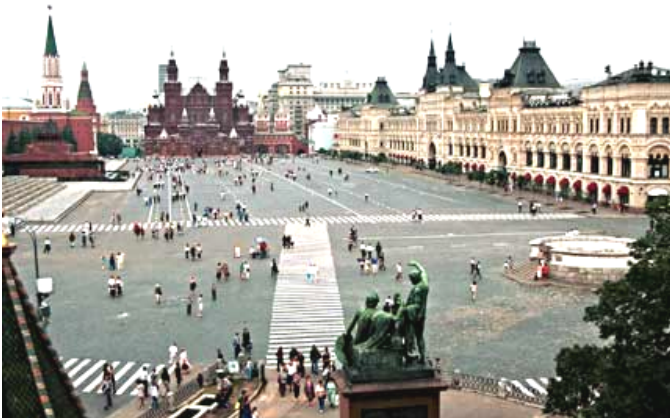
¡Qué fantástico viaje! ¡Qué gratísima compañía! ¡Qué afán de asimilar cuanto nos mostraban o podíamos contemplar!

Yo conocí a un pariente que decía muy sabiamente: “Hay que hacer un bonito viaje al año, no muy largo, para poder ordeñarlo mentalmente el resto de los meses”. Pues sí, eso nos ha ocurrido a todos: a Luis, a Luciano, a Charo y Eduardo, al “clan” Seligmann, a Adela y Nieves (¡qué sabia! se hacía enseguida con un folleto del lugar visitado para usarlo como abanico), a las arquitectas Pura y Carmen, a Dolores y José Luis, con su contagiosa y bonachona risilla, a Pilar, con su mochila a la espalda y su gorrilla contra el sol (que tuvimos mucho) y a nuestra Julita Ben, patrimonio de todos, que nos

regaló unos pasos de baile en un fiesta ofrecida por un amigo ruso, en su dacha situada a 90 kilómetros de Moscú. A Constantin, nuestro anfitrión, le llevamos agua bendita de un manantial santo (del monasterio de San David) que caía de camino, porque aseguraba que con ella el té sabe mucho mejor ¡Qué pena que la dacha de Chéjov no abriera ese día!, pero nos permitieron contemplarla por fuera, y la estatua que se yergue en sus jardines y usar sus “toilettes”, porque llevábamos dos horas en el autobús. Y no olvidamos a Milagro, que compartía su habitación y ayudaba a cuidar de Julita, que se nos quería ir sola a hacer sus compras y visitas, convencida de que todo ruso debía entender su español. Y a Gonzalo, que disfrutó como un enano con el grupo, aunque ya había estado en San Petersburgo dos años antes, y a la compañía y ayuda como intérprete, en San Petersburgo, de Ksenya, la hija de Galyna, inspiradora del viaje y guía del grupo, y a Gerardo, que le ayudaba y se enfurrñaba cuando no le salían las cuentas al contar los participantes. Pero era un grupo tan cohesionado que nunca se quedaba nadie atrás. Y si se iban por libre, ya habían recibido las instrucciones pertinentes para que supieran regresar al hotel (incluso en metro) por sí solos.

Sí, in-ol-vi-da-ble. Nosotros aún “ordeñamos” esta experiencia.

Galyna Lazaryeva y Gerardo Guinea, responsables del viaje.



La Plaza Roja desde la iglesia de San Basilio

Una de las estaciones del metro de Moscú





El monasterio Sergiev Posad, a 90 Km. de Moscú



La casa de campo del escritor Anton Chéjov



Apacible casa de León Tolstoi, una dacha en el centro de la ciudad. En primer plano, Luis y Charo.



*El Hermitage a orillas del Neva.
Podíamos contemplarlo desde nuestro hotel.*



En el Palacio Versallesco de Pedro el Grande, a orillas del golfo de Finlandia



El Palacio de Tsarskoe Selo, residencia veraniega de Catalina la Grande

El acorazado "Aurora", que dio la señal para el comienzo de la revolución. Anclado permanentemente frente a nuestro hotel.



Asistiendo a un espectáculo folclórico, Eduardo es invitado a participar en el baile